

“¿Qué ves, qué ves cuando me ves?” *

(Notas wittgensteineanas sobre la “experiencia interna”)

Carolina Scotto

Los enigmas del yo y de su expresabilidad han inquietado siempre a los filósofos y a los no-filósofos. El significado de las expresiones en primera persona, por razones diversas, plantea problemas-límite. ¿Sabemos nosotros lo que queremos decir cuando hablamos de nosotros mismos? Me referiré especialmente a las sensaciones, sentimientos y emociones, no a otros estados internos.

Una confesión, involucrando la decisión de compartir un secreto íntimo, es aparentemente un caso en el cual sabemos mejor que cualquier otro lo que queremos decir: nos referimos a nuestros sentimientos con sinceridad.

¿Pero nos referimos a ellos o sólo los “sacamos afuera” junto a otro que lo hace posible? ¿Son las expresiones psicológicas en primera persona descripciones o expresiones? ¿Es el yo un propietario inalienable de sus estados internos, tiene un acceso directo a ellos, puede conocer incorregiblemente lo que siente? Así se preguntaba Wittgenstein por la “experiencia interna”.

¿Alguien más que yo conoce lo que soy, o estoy siempre, en realidad, en la situación de preguntar (de querer preguntar, a veces) a otros “¿qué ves, qué ves cuando me ves?”?

*La pregunta inquietante del título pertenece a una canción “popular”. Debo a Sergio Menna la sugerencia de escucharla.

Aunque en algún sentido es claro que sabemos más acerca de nosotros que lo que los demás pueden conocer a partir de nuestra conducta, parece que cuando manifestamos nuestros sentimientos, algo de ellos aparece ante nosotros que estrictamente no estaba antes. No es esencial la presencia real del otro: puede que estemos hablándonos a nosotros mismos, escribiendo lo que sentimos, imaginando una situación de conversación e incluso planeando y dilatando su inicio.

En ciertas circunstancias tiene sentido decir que describimos (o intentamos describir) lo que nos sucede: describimos dolores, temores, esperanzas, etcétera. No nos referimos a estos casos, sino a aquellos “más básicos” en que, simplemente nos manifestamos con espontaneidad, con recursos que aún teniendo rasgos propios o personales, son sin embargo no aprendidos, irreflexivos, a veces primitivos. Una confesión puede “entenderse” como se entiende un llanto, una mirada triste, un quejido.

La expresión nos expone ante los otros pero también ante nosotros: escuchamos “como un otro” lo que decimos, intentamos buscar maneras adecuadas de expresión, elegimos o padecemos el momento, la situación, las circunstancias, las respuestas de nuestro auditorio (real o imaginario), y como resultado de todo eso estamos ante un conjunto de manifestaciones, y nada las precede como no sea otras manifestaciones más. Tampoco ellas son datos a partir de los cuales podemos saber algo acerca de nuestros estados y acciones futuras, es decir, “no infiero mi conducta probable a partir de mi expresión facial... lo interesante no es que no infiera mis emociones a partir de mi expresión emocional, sino que tampoco infiera mi conducta venidera a partir de aquella expresión, como hacen los demás que me observan” (§ 576) ¹. Las sensaciones no son un “algo”, un “objeto interno”, físico o no físico, al cual se refieran las expresiones con verbos psicológicos en primera persona. “Sin embargo, tengo un *sentimiento* real de alegría!” En efecto, cuando te alegras, te alegras realmente. Y, desde luego, la alegría no es una conducta alegre, como tampoco un sentimiento en las comisuras de los labios o de los ojos. Pero “alegría”

¹ Todas las citas de este trabajo pertenecen a Zettel, de modo que sólo se consignará el número de párrafo entre paréntesis.

designa algo interno'. No. "Alegría" no designa nada. Ni interno ni externo". (§ 487).

Además, la expresión de la "experiencia interna" es algo que está ante nosotros (algo que antes no estaba); por lo tanto, es escuchado e interpretado por otras experiencias que hacen de las nuestras "experiencias internas expresadas". "No puedo observarme a mí mismo sin ser observado. Y no me observo a mí mismo con el mismo propósito que a otra persona" (§ 592). "Me exhibo a mí mismo algo sólo *en la forma* en que también se lo exhibo a otra persona" (§ 665).

Entonces: ¿serían nuestros sentimientos *sentimientos* si no los expresáramos... alguna vez... de alguna manera? y ¿serían nuestros sentimientos *nuestros sentimientos* si otros no estuvieran ante nosotros experimentándolos como "nuestros sentimientos" tales o cuales? El yo, cuando uno habla, sería "eliminable" del discurso para los propósitos de la interpretación: el yo es creado por la mirada de los otros. El yo es un alguien ante un otro. Cuando hablamos de nuestras experiencias, lo interno es "eliminable" del discurso para los propósitos de la interpretación: lo interno es creado por la mirada externa de los otros.

El sujeto, visto desde la primera persona, es en general el conjunto de sus posibles manifestaciones directas ante otros, y lo manifestado sinceramente no se compara con lo que es, sino que es lo que es cuando se manifiesta dado el conjunto más amplio de sus manifestaciones pasadas en el contexto de una historia humana y de las situaciones que terminan de completar el sentido de lo manifestado. "Únicamente en medio de ciertas manifestaciones normales de la vida existe una manifestación de dolor. Sólo en medio de ciertas manifestaciones aún más amplias de la vida, existe una expresión de tristeza o de afecto. Y así sucesivamente" (§ 534).

En cierto sentido, entonces, "nada está oculto". O: "también la confesión es algo externo" (§ 558). Pero, en cierto sentido, también, "todo está oculto a nuestros ojos" pero no, en principio, a los ojos de los demás. Lo que estamos diciendo debe interpretarse metafóricamente: no se trata sólo de ver, general-

mente se trata de acciones y reacciones (verbales y no verbales). “¡En la conducta existen la confianza y la desconfianza! Por ejemplo, si alguien se queja, yo podría reaccionar confiado y con toda la seguridad del mundo, o bien, en forma insegura y como alguien que tiene suspicacia. Para eso no se necesitan palabras ni pensamientos” (§ 573). La vista siempre ha tenido una dignidad especulativa mayor que cualquier otra forma de percepción sensorial. Estamos aquí hablando no de la visión, en todo caso, sino de la “mirada”, en el sentido en que Wittgenstein decía que “el rostro humano es la mejor imagen del alma humana”. “Con los ojos se puede aterrorizar -pero no con el oído o la nariz. Cuando ves el ojo, miras algo que emerge de él. Ves la mirada del ojo” (§ 222). “La conciencia en el rostro del otro. Contempla el rostro de alguien y mira en él la conciencia y observa determinado *matiz* de conciencia. Adviertes en ese rostro alegría, indiferencia, interés, enternecimiento, apatía, etcétera. La luz en el rostro del otro” (§ 220).

La asimetría entre la primera y la tercera persona se vincula con el grado de inmediatez en que las experiencias internas están respecto a cada uno, según quien las tenga: si yo las tengo puedo acceder a ellas más directamente que otro que no las tiene y sólo me observa. Incluso se extiende al caso en que dos sujetos tendrían aparentemente la “misma sensación”: puesto que cada uno estaría ante ella en una situación intrasferible respecto al otro, y en consecuencia, es incluso problemático decir que tendrían la “misma sensación”. Sin embargo, la comunicación de las sensaciones o emociones es posible, y tiene sentido decir que percibimos o sentimos lo mismo. Y lo directo aquí es la conexión entre el estado sentido y la expresión del estado. “¡Y trata de pensar en algo muy triste con la expresión del rostro de una alegría radiante!” (§ 508). De lo contrario no podríamos saber nunca ciertamente si otro siente lo que yo siento, y tendríamos que decir algo así: “Dices que auxilias a alguien que se queja, porque la experiencia te ha enseñado que tú mismo te quejas cuando sientes tal o cual cosa” (§ 537). Lo correcto, en cambio, es que “auxiliar es una reacción primitiva, atender la parte afectada cuando alguien más sufre dolor, y no únicamente la propia cuando uno lo siente -y, en consecuencia prestar atención al comportamiento de alguien que siente dolor, como también *no* prestar atención al comportamiento de uno mismo cuando siente dolor” (§ 540).

El problema surge porque pensamos en una clase de transferencia que no funciona para la comunicación de las sensaciones porque está tomada de otros modelos. La frase “No puedo exhibir mi sensación” nos lleva a pensar por su semejanza aparente con frases como “No puedo exhibir mi rostro” en casos donde lo que se exhibe es un objeto físico, entonces la interpretamos como revelando una imposibilidad ontológica relativa a las propiedades internas y privadas, y eventualmente inmateriales y enigmáticas, de las sensaciones. Sin embargo, el rostro es algo más que el conjunto de los rasgos físicos. Puedo simular mis sensaciones simulando un rostro, haciendo ciertos gestos y evitando otros, pero no puedo tampoco hacerlo siempre.

Esta confusión se ilustra bien con ejemplos y chistes “gramaticales”: “...él siente dolor auténtico; y la posesión de *éste* en otra persona, es lo que pone en duda. - ¿Pero cómo lo hace? -Es como si se me dijera: “Aquí tienes un sillón. ¿Lo ves perfectamente? -Bien- ¡ahora tradúcelo al francés!” (§ 547). “¡Compárese el fenómeno del pensar con el fenómeno del arder! ¿Acaso el arder, la llama misma, no podrían parecernos misteriosos? ¿Y por qué la llama más que la mesa? -¿Y cómo aclararías este misterio? ¿Y cómo habría que resolver el misterio del pensar? ¿Justo como el de la llama?” (§125). “¿Acaso no es misteriosa la llama, porque es impalpable? Bien -¿pero por qué esto lo hace misteriosa? ¿Por qué lo impalpable ha de ser más misterioso que lo palpable? A no ser porque *queramos* palparlo” (§ 126). No sólo entonces confundimos los “juegos de lenguaje” como sistemas que regulan el empleo de conceptos entretejidos con nuestras acciones y reacciones, “juegos sobre objetos físicos” con “juegos sobre experiencias internas” sino que (probablemente sin querer) intentamos reducir los segundos a las reglas de los primeros. La inescrutabilidad de la experiencia interna sería así el resultado de querer aplicar la escrutabilidad de las mesas a las emociones, las sensaciones, los sentimientos, y no poder hacerlo.

Este enfoque parece sólo disolutorio: del yo, de la privacidad de lo interno, del conocimiento directo de las experiencias subjetivas, de la incorregibilidad de las auto-atruciones... Sin embargo, deja abierta, paradójicamente, una

peplejidad sobre nosotros mismos: nuestras mejores certezas provendrán siempre de la mirada que dejamos que los otros arrojen sobre nosotros.

No creo que las cuestiones aquí abordadas tengan respuestas sencillas, pero me inclino a pensar que las respuestas wittgensteinianas están en la dirección correcta. Se diría que, en cualquier caso, sólo “se dice lo corriente...”, pero que lo importante es no hacerlo “con gestos equivocados” (§ 451). Siempre que se tolere un poco de “psicología popular” con propósitos filosóficos sobre estas materias, claro está.

